

poderoso impulso, se desorganiza para confundirse en el universo infinito de los átomos, el vacío que se efectúa con ese motivo engendra en nuestros corazones el dolor y éste se cristaliza en el torrente diamantino de nuestras lágrimas.

Si cantar el heroísmo de los buenos hijos de la patria, hecho epopeya, constituye un derecho: glorificar la memoria de los que por ella sacrificaron la vida, es un deber ineludible.

Yo hubiera querido eternizar el nombre de este ilustre peregrino, cuya despedida lamentamos, en los gloriosos templos del Arte; arrojé en derredor una mirada escrutadora, y no encontré mármol suficientemente alabastrino para esculpir en él la brillante carrera militar de tan denodado paladín de la ley; pensé inmortalizarlo en el bronce, más no encontré uno que produjera las sonoridades de la trompa guerrera con que el ilustre General Maclovio Herrera condujo a sus heroicas falanges hacia el combate y hacia la gloriosa conquista de la victoria.

No admiré al marino que en los momentos del peligro, siente en su organismo convulsionar el poderoso instinto de conservación, y se lanza en busca de una tabla de salvación, no; admiro, y mucho al otro que fija la pupila en el sol del deber, se abalanza sobre el timón de su acorazado, abre ancha brecha por el oleaje enfurecido de los mares, dejando tras de sí una estela luminosa que se diría hecha de las olas inclinadas para rendir homenaje al heroísmo: por eso admiré y venero al General

Maclovio Herrera; porque en medio de la tormenta que emborrascó el iris de la confraternidad en el cielo de la Patria, sólo escuchó el grito augusto del deber, a cuyo servicio puso el patriotismo de su gran corazón, trazando con su espada fulminantes apóstrofes sobre la frente maculada de los reaccionarios.

Con la precisión inalterable de una película cinematográfica, aparece ante los arcanos de mi visión la vida militar de este defensor incansable de la libertad nacional. Véalo, inmovilizado por justa consternación, recibir en la frente cargada de sueños sublimes, el ósculo amoroso de la esposa y de los pequeños hijos; vedlo de pié, la cerviz en actitud religiosa, recibir la bendición de la anciana madre, en cuyo corazón debe germinar en estos momentos la última de las tristezas, el último de los pesares, el último de los grandes dolores de la vida: después, rotos ya los sagrados lazos de la familia, contéplolo a la cabeza de sus valientes compañeros de armas en Torreón, en Ojinaga, en Paredón, en Tierra Blanca y en Zacatecas confundirse en el torbellino de la lucha; veo después al ángel de la victoria ceñir con inmarcesibles laureles las sienes del luchador hecho caudillo.

Después todo es confusión, misterios, desaparición. La sangre suspende en momento fatal su gira circulatoria en las arterias, falta la energía vital y el héroe se desploma.

¿Porqué el destino inclemente destruye así de un solo golpe, la preciosa existencia de este batallador heroico de la grandiosa causa de la

libertad?

¿Porqué permite que los apóstoles en cuyas grandes almas se refugian las justificadas esperanzas de un pueblo, rueden así silenciosamente, sin el estrépito que produce la caída de los colosos, en la verágine desmesurada de la desaparición y de la muerte?

¿Qué ha muerto dije? pues he dicho mal, los hombres que con original esfuerzo se han iniciado en los sacrosantos misterios de la Grandeza, no pueden morir: la potente encina que ha desafiado incommovible el recio azotar de mil tormentas, no puede morir mientras palpita el gérmen de la vida en el último de los frutos que produce.

Mientras predomine sobre la tierra la inclinación abusiva de los fuertes para aplastar a los débiles, mientras haya abortos fatídicos del crimen que laboren en la sombra para sumergir a las masas en las gemonías malsanas de la esclavitud; mientras el misticismo trabaje en los templos de la fé, entre melodías de salmos inútiles y de plegarias estériles para encausar la conciencia humana por la vía tortuosa de envilecida corrupción; mientras los pueblos vegetan en estado letal de anarquía, porque si ésta constituye esa utopía purificadora que brota del corazón sensible de las multitudes para debilitar el poderío omnímodo de los gobernantes: la inclinación altamente inmoral: que emerge del corazón corrompido de los déspotas para profanar anarquía; mientras exista la escoria fangosa de esbirros que a la escarnecida infidencia, derroquen, o pretendan

derrocar a los mandatarios, los elegidos del pueblo; mientras se inicien, con ese motivo, esas formidables contiendas civiles cuya magestad aterroriza a los pusilánimes y hace crujir el pedestal de fango de Calígula; mientras se manifiesta sobre la tierra la natural tendencia de las masas para remontarse hasta el vértice de la libertad, de Igualdad y de la Confraternidad; mientras la humanidad se impulse, casi intuitivamente, hacia todo lo que engrandece, dignifica y sublima, el General Maclovio Herrera tendrá que vivir, y su nombre vibrará como clarinada de combate en los labios de los soldados de la República y los laureles conquistados por su genio caerán como una lluvia de astros, en medio de la tormenta, sobre los héroes que sucumban en defensa de la ley de la justicia y del derecho.

¿Qué significa esa agitación epiléptica que, a semejanza de una convulsión sísmica sacude de uno al otro confin a la República? ¿Por qué esa oleada de odio reconcentrado que así hunde en la desaparición y en la muerte a los hijos de una misma estirpe? ¿Porqué los combatientes que caen en el furor de los conflictos, apenas restañadas sus heridas, se escapan furtivamente de los hospitales de sangre para continuar en la línea de fuego la espartana defensa de sus derechos? ¿Porqué la mujer, que en cualquiera esfera es la sacerdotisa es la soberana del hogar, renaciendo en su corazón, como ave Fénix, el fuego patrio de nuestros antecesores primitivos, abandonan sus tareas domésticas para lanzarse a los campos de la lucha en

persecución de sacrosantos ideales de emancipación? ¿Porqué los niños, renunciando prematuramente a los frutos eucarísticos que se recogen en los templos del saber, se lanzan, fusil en mano, a fustigar los lomos de la Bestia sanguinaria de Durango?

Es que la fuerza se repele con la fuerza, y ésta se ha proclamado soberana emperatriz a través de los tiempos; ella llamó fatídica hora en las puertas de la Bastilla, y el pueblo francés se vengó en una hora trágica gravámen de una dinastía de siglos haciendo rodar la cabeza imperial de Luis XVI; ella puso en el brazo inerme de don Miguel Hidalgo el estandarte que salvó a nuestro pueblo de la férula de una secular monarquía; ella bajó una vez, águila audaz, de las cumbres de nuestras montañas para encadenar con sus potentes garras el áspid asqueroso del fanatismo; ella desafió el poderío insolente de la momia de Chapultepec con el verbo sencillo de Aquiles Serdán y se refugió en la ecuanidad de Don Francisco I. Madero para continuar la decapitación de Nerón y César.

Es que se ha comenzado en tan espantosa catástrofe el amor desbordante de una raza hacia la libertad, es la voz de las clases desheredadas de la fortuna, humilladas y escarnecidas por la insoledad de los grandes, es la protesta indigna de los obreros, de esos geniales artífices del progreso humano, que han saciado con la preciosa herencia de sus energías, la avaricia desenfrenada de los poderosos, es el clamor de venganza de las multitudes ignoradas, can-

sadas a la esclavitud secular transmitida a la generación, es el gemido de las viudas desamparadas y de los huérfanos sin abrigo y sin pan, víctimas inocentes de la fatal hecatombe.

Y la solución de tan sangriento problema social será halagador o desconsolador para el pueblo mexicano; halagador si terminada la lucha, queda firmemente establecido un gobierno del pueblo y para el pueblo; democrático, representativo y popular; desconsolador, tristemente desconsolador, si el pueblo mexicano, apostatando de su soberanía, se resigna a soportar de una vez y para siempre, la mansedumbre de la bestia de carga, la dinastía más insolente, la monarquía más vil, la dictadura más insultante, el depotismo más cruel, la tiranía más bochornosa, la olegarquía más corrompida, más criminal y más prostituida que ahogado haya jamás las libertades de un pueblo: la oligarquía del militarismo.

Cuando en las paredes de inmundos serrallos, los matricidas celebran sus efímeros triunfos en una orgía de sangre, aparezca el dístico fulminante que enloqueció a Baltazar, el de Babilonia; cuando la Democracia se entronize en el alma de nuestra cara Patria; cuando en las altas etapas de la realización germine el filosófico anatema que abrazó los labios proféticos del apóstol galileo, y se diademe con un ampo de luz la frente de los héroes hechos dioses; cuando esta marejada estruendosa de odios haya pasado y vuelva a su cauce el extraviado torrente de la fraternidad; entonces de la misma manera que Wellington trazó en las

estériles rocas de Santa Helena la batalla de Waterloo con las cenizas de Napoleón el Grande; de la misma manera que el Gral. Ignacio Zaragoza escribió con la punta de su espada la batalla de Puebla sobre la frente de Napoleón III; de la misma manera que don Benito Juárez, en quien hizo apoteosis el carácter de una misma raza, escribió con la sangre azulosa de Maximiliano, entre el estrepitoso rodar de cetros y coronas, el sitio de Querétaro, sobre el Cerro de las Campanas, que aún se yergue imponente como un reto viril al despotismo y a la patria: de la misma manera que la Historia, inspirada por el patriotismo de un continente, recogió en actitud amorosa los nombres de los constituyentes de 1875: así como esa Historia abriendo en la Fauna Sagrada de la Gratitude Nacional, mojará su pluma en la fuente inagotable de la Gloria y de la Fama, y escribirá sobre el firmamento especular y purísimo de la Inmortalidad, como un homenaje y una consagración, la magestad de un símbolo de las sacrosantas libertades patrias, símbolo en tres palabras; General Maclovio Herrera.

RAFAEL E. GUEVARA.

Ocupó después la tribuna el joven Juan José de la Garza que con sonora voz dió lectura a la siguiente oración fúnebre:

Ante la Tumba del Gral. Maclovio Herrera.

“La muerte no es la nada
Sino para la chispa transitoria
Cuya luz ignorada
Pasa, sin recibir una mirada
De la pupila augusta de la Historia.”

Este es el pensamiento del poeta que hoy

vengo a recordar ante la tumba del gran desaparecido.

La muerte no es la nada para él, que tras su paso dejara, algo así como una estela luminosa que trasciende a heroismos y a glorias.

La muerte no es noche sin luceros, no es el mar sin playas del olvido para el gran batallador, que llevara siempre alzada su bandera y escritas en ella, con letras de fuego, estas palabras: HONOR y JUSTICIA.

La tumba no se abre, al dar paso a su cuerpo de luchador excelso, para encerrar también en ella la fama del guerrero, cuyo nombre cabalgará sobre el lomo de las edades, como un símbolo hermoso de una raza de bravos.

La tumba se abre para dar paso a la materia del hombre, en tanto que las hojas de oro de la Historia se abren también, grandemente, para recibir en ellas el nombre del héroe.

Todos los corazones se estremecen, hondamente impresionados por la muerte del valiente; pero todos los cerebros, todas las conciencias se entreabren, para grabar en ellas, indeleblemente, el nombre del patricio.

Ante la tumba en que descansarán sus restos se inclinan reverentes todas las almas para deshojar sobre ella las flores perfumadas del amor.

Allí, donde pagarán tributo a la madre Naturaleza sus restos sagrados, se levanta, magnífico el monumento augusto de su gloria, monumento de gratitud y admiración que supo él conquistarse con su vencedora espada y su corazón valiente.

Pasó sobre la tierra, no como la chispa fugaz

que apenas huella deja de su paso, sino como una irradiación, como un astro que vertiera deslumbrantes chorros de luz sobre la frente y la conciencia de los que lo siguieron en la lucha; como un manantial de luz que iluminara la senda recta de toda esa clase oprimida que estuvo cerca de su lado, para llevarla decidida y triunfante a la conquista del derecho y del ideal.

Surgió de los de abajo, de los buenos, de enmedio de esas masas ignoradas que han ido al sacrificio y al trabajo siempre explotadas, siempre esclavizadas.

Surgió, y puso su espada al servicio de la patria, cuando esta madre querida reclamó sus servicios.

Su grito de combate fué un rugido de océano, que resonó, con vibración de fino acero, en la empedernida conciencia de los tiranos, y en su bandera, roja, como la sangre que derramó por su patria, llevaba escrita con letras de fuego, la protesta de todos sus oprimidos hermanos, en estas palabras: IGUALDAD, JUSTICIA, LIBERTAD.

Su brazo fué invencible. Su espada fué heroica, y su alma grande, su alma de héroe, jamás acobardada en la derrota, nunca envanecida cuando el triunfo siempre fué alma de luchador, y de patriota.

Su espada, que con vibraciones heroicas escribió con ondulaciones de fuego, sobre el cielo purísimo de la patria sus numerosas victorias.

Su espada, que azotó tantas veces la espalda maldita de la bestial manada de Judas Iscario-

tes y traidores; su espada como su convicción y su conciencia fué siempre fiel, siempre victoriosa, siempre honrada, por eso es que nunca pudieron inclinarla la ambición ni la dádiva.

Y si el destino quiso cortar el hilo de su hermosa vida, cuando la patria esperaba, aun muchos servicios de ese hijo mimado, también plugo al destino entregarlo a la muerte con el dulce placer del deber cumplido. Es el único orgullo que debió haber sentido el insigne caudillo, éste es el más grande orgullo de los suyos y nuestros.

Por eso es que no vengo a derramar lágrimas de dolor ante la tumba del patriota admirado, sino, como todos vosotros, a derramar con mi prosa, las flores perfumadas de la gratitud y del recuerdo sobre la losa que se abre para dar paso, al pedestal de su gloria. . . .

Dejemos pues descansar al batallador excelso envuelto en la bandera por la que luchó ardentemente y derramó su sangre. . . . Dejémosle en paz, no turbemos más su sueño, que las generaciones y la historia preparan para él el monumento grandioso que hablará de su gloria e inmortalizará su nombre.

JUAN JOSÉ DE LA GARZA.

Acto continuo el sonoro toque del clarín de órdenes anunciaba que el cadáver descendía a su última morada por manos de los generales Dávila, Ricaut, Garza y Ríos Zertuche, las sonoras notas del Himno Nacional despedían al desaparecido, un agudo grito salido de los labios del Sr. Melchor Herrera diciendo: (her-

mano mío en el cielo nos veremos» era la triste despedida de un miembro de la familia, una cristalina nube cubrió los ojos de todos los concurrentes, comprimidos sollozos hiriendo los pechos. . . . eran el último tributo al que desaparecido de nuestra vista pero que la historia recogerá su nombre grabándolo con letras de oro y el inmarcesible lauro de los héroes y el cual perdura mientras exista un palmo de tierra mexicana sintetizado en esta frase, Maclovio Herrera muerto.!

¡Viva Maclovio Herrera!

LAS OFRENDAS FLORALES

Las personas que mandaron coronas de flores a la capilla ardiente fueron las siguientes:

Venustiano Carranza Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, General Pablo González, General P. Elías Calles, Niceforo Zambrano Tesorero de la Federación, General Benjamín Garza, General Reynaldo Garza, General Alfredo Ricaut, General Vicente Dávila, Bernardino Balderas, Inspector de la Tesorería de la Federación, Melquiades García Cónsul Constitucionalista, Bartolo Zamora, Vice-Cónsul, Oficiales de la Brigada Benjamín Garza, Estado Mayor de la Brigada Benjamín Garza, Coronel Tomás Marmolejo, Oficiales y soldados de la Brigada Zuazua, Oficiales y soldados de la Brigada Ricaut, Teniente Coronel Carlos S. Fierros, Familia del Teniente Coronel Jesús Soto, Refugio Alvarez, Superintendente del

Ferrocarril, Jefe y empleados de inmigración, Capitán Adolfo Martínez, Ignacio G. Treviño, Inspector de la Oficina Impresora de Estampillas y Billetes, Enfermos del Hospital Civil, Departamento de Oficiales, Hospital Civil, Banda Libres de Nuevo León, Banda de la Brigada Ricaut, Personal de la Administración de Correos, G. Maede Fierro, Oficinas del Progreso, Familia Ozuna, Ezequiel Reyes y esposa, Juan Flores y Familia, Sra. Liberata M. de Garza, Sra. Rafaela S. de Jaime y Dolores Bobadilla, Félix Guzmán y Familia, Eligio Guajardo y Familia, Arnulfo de los Santos y Familia, A. Herrera y esposa, Valentín Villarreal, A. Zardeneta y familia, Trinidad Alvarado y Familia, Francisco Chapa, Srita. Carlota E. Camurlin, Adolfo H. Puente y esposa, Srita. Josefa Villarreal, Nicolás G. Vargas, Inocente M. Vda. de Zapata, Srita. Sanjuana Zapata, José Treviño y familia, Srita. Inocente Guajardo, José Ma Flores y esposa, Jacinto Pedro Ruben Nava y Hermana.

Garza y Familia, Encarnación López, Nicolás Guillermo Vargas, Teodoro García y familia, José Ma Munguía y esposa, Sra. Andrea R. de Villarreal, Teniente Victoriano Cardona, Macedonio Garza, Francisco Treviño y familia, Sábas Ramírez y familia, Vilcen Peña, Ramón Mascorro y esposa, Ladislao Avila y familia, Ursula G. Vda. de Treviño, A. M. Plata, Jerónimo R. Jiménez, Félix de Anda, Migyme, Alfredo Marcón y familia, Eustolia E. de Alarcón, Sritas. Josefina y Sofía Benavides, Zeferino Espinosa y familia, Familia

del Lic. M. D. González, Tomasa Vela Vda. de Treviño, Rafael Peña Garza y Familia, Adolfo Benavides y Familia, Manuel Farías y familia, Cristóbal Villarreal, Reyes Ortiz, Pedro Treviño, José E. Pérez, Inocencio Guevara y familia, Srita. Clara Treviño, Sra. Prisca Flores, Familia Peña, Abraham Flores y Familia, Manuel Pérez, Macedonio S. Tamez, Bernardina Martínez, Sra. María A. de Deandar, Srita. Vicenta Ramón, Cipriano Valle y Familia, Rafael Rendón y Familia, Sra. Josefa de Pérez, Familias Cruz y Tamez, Sritas Esther, Ignacia y G. Almendares, Sritas. Concepción Pérez, Emilio G. de León, Juan de Garza, Srita. Crescenciana Villarreal, Pablo Rendón y Familia, Manuel Barajas, E. G. García, Felipe de la Peña, Narciso Alaniz y Hno., Margarita G. Vda. de Pérez y Familia, Srita. Herminia Carrillo, Antonio Barragán y familia, Srita. Manuela Pérez, María G. de Hinojosa, Srita. Josefa Villarreal, María Junco de la Vega, Felipe Cepeda y Familia, Jacinto Garza y familia, Srita. Adela García, Josefa P. Vda. de Camacho y familia, Faustino Salinas y familia, Sra. Prisca F. Vda. de Treviño y familia, Isabel C. Cárdenas, Srita. Faustina Treviño, Jesús Sainz y familia, Sr. Geo. C. Alexander y esposa, Dolores Zaragoza, Celsa García y Familia, Sra. Santos Villarreal, Francisca Aradilla, Familias de Lassaulx y Zapata, Santiago Canales y Familia, niñas Aurora y Andrea Sosa, Enrique Rigal y Familia, María de los Angeles Ireguas y familia, Beatriz R. Vda. de Martínez y familia, Luis G. Caltú y

familia Vicente C. Noyola y familia, Peoquinto Benavides y familia, Felipe Cisneros y familia, O. L. Longoria y familia, Vidal Garza Zuvia y familia, Emilio Reyes, Eduardo Garza y familia, Tomasa V. Vda. de Treviño y familia, José Benavides y familia, Tomasa Martínez y familia, Federico Alexander y esposa, Srita. Gregoria Garza, Leonor Jaime, Ernestina López, Jerónimo Ochoa y familia, Catalina F. de Flores Santos, Srita. Josefa Alderete, Josefa González, Josefina Canales, Faustino Salinas y familia, Agapito Herrera, Julio García, Daniel Cárdenas, Doctor Garza González, Mateo Ruiz, Manuela Viña P. González, Marcelina Flores y familia, Juan Cavazos y familia, Ezequiel Ruiz y esposa miembros de la Cruz Blanca Nacional.

De Laredo Texas, se recibieron las siguientes coronas:

De la Sra. Leonor V. de Magnon, Presidenta de la Cruz Blanca, Srita. María Villarreal, Elvira G. de García, Juan Briseño y familia, Pedro Rosales y familia, Sra. Isabel B. de Arce, Sra. Salomé U. de Zepeda, Ascensión D. Luna, Sra. María R. Flores, Francisco Fierros y familia, Profesoras y alumnas de la Escuela "La Luz," Miss Bessie Moore, Sra. G. Zamora, Mercedes L. Peña, Srita. Elvira Martínez, Ninfo Herrera, Federico Fernández y esposa, Srita. Ignacia Almendares, Inocencio Guerrero y esposa, Sra. de Jesús Carranza, Emeterio Flores y familia, Santiago Martínez y familia, J. J. García, Hnas. Carranza y Manuel Dávila.



F
·
N

10